

Washington, 1941

(Greg Peshkov, Gus Dewar y su hijo Woody están presentes en una reunión en la que se habla del encuentro entre Roosevelt y Churchill que dará nombre a la Carta del Atlántico (inicios de la ONU) y de la amenaza del expansionismo japonés)

—Tengo que revelarles una información altamente confidencial que no debe comentarse fuera de esta sala. El presidente se reunirá con el primer ministro británico a principios del mes que viene.

Greg estuvo a punto de soltar una exclamación de asombro, pero se contuvo a tiempo.

—¡Estupendo! —dijo Gus Dewar—. ¿Dónde?

—El plan es que se encuentren en un barco en algún punto del Atlántico, por seguridad y también para ahorrarle parte del recorrido a Churchill. El presidente quiere que yo lo acompañe, mientras que el secretario de Estado, Hull, se quedará en Washington para ocuparse del negocio. También quiere que asista usted, Gus.

—Será un honor —dijo Gus—. ¿Cuál es el orden del día?

—Al parecer, los británicos han repelido la amenaza de invasión, pero son demasiado débiles para atacar a los alemanes en el continente europeo; a menos que nosotros les ayudemos. Con ese fin, Churchill nos pedirá que declaremos la guerra a Alemania. Nosotros nos negaremos, por supuesto. Cuando zanjemos eso, el presidente quiere que se firme una declaración de intenciones conjunta.

—Pero no de guerra —dijo Gus.

—No, porque Estados Unidos no está en guerra y no tiene previsto participar en ella. Sin embargo, somos aliados no beligerantes de los británicos, los abastecemos de prácticamente todo lo que necesitan con crédito ilimitado, y, cuando al fin se logre la paz, esperamos tener voto en la forma en que debe gobernarse el mundo en la era posterior a la guerra.

—¿Eso implica un fortalecimiento de la Sociedad de las Naciones? —preguntó Gus. Greg sabía que la idea le atraía, y a Welles también.

—Por eso quería hablar con usted, Gus. Si queremos que nuestro plan se lleve a cabo, tenemos que estar preparados. Tenemos que conseguir que Roosevelt y Churchill se comprometan a ello como parte de la declaración.

—Los dos sabemos que, en teoría, el presidente está a favor, pero le inquieta la opinión pública.

Entró un funcionario y entregó una nota a Bexforth. Este la leyó.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué pasa? —dijo Welles con irritación.

—El Consejo Imperial Japonés se reunió la semana pasada, como ya sabe —dijo Bexforth—. Hemos recibido información secreta sobre las deliberaciones.

No precisaba de dónde procedía la información, pero Greg ya sabía a qué se refería. La unidad de señales de los servicios secretos del ejército estadounidense era capaz de interceptar y descodificar mensajes que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón enviaba desde Tokio a sus embajadas en el extranjero. Los datos de esas descodificaciones se conocían con el nombre en clave de «MAGIC». Greg sabía algunas cosas sobre eso, a pesar de que no debería saberlas; de hecho, si el ejército llegaba a enterarse de que estaba al corriente del secreto, se armaría un escándalo de órdago.

—Los japoneses se plantean extender su imperio —prosiguió Bexforth. Greg sabía que ya se habían anexionado la vasta región de Manchuria y que habían enviado tropas a gran parte del resto de China—. Pero su preferencia no es avanzar en dirección oeste, hacia Siberia, lo que supondría entrar en guerra con la Unión Soviética.

—¡Qué bien! —exclamó Welles—. Eso significa que los rusos pueden concentrarse en combatir a los alemanes.

—Sí, señor. Pero esos japoneses planean ampliar su territorio hacia el sur, haciéndose primero con el control absoluto de Indochina y ocupando después las Indias Orientales Neerlandesas.

Greg se quedó anonadado. Eso era un bombazo, y él estaba entre los primeros en enterarse. Welles estaba indignado.

—¡Pero bueno! ¡Eso no es ni más ni menos que una guerra imperialista!

—En rigor, Sumner, no se trata de ninguna guerra —terció Gus—. Los japoneses ya tienen tropas en Indochina, con permiso formal de la potencia colonial correspondiente, Francia, representada por el gobierno de Vichy.

—¡Títeres de los nazis!

—He dicho «en rigor». Y las Indias Orientales Neerlandesas, en teoría, dependen de los Países Bajos, ahora ocupados por los alemanes, que están más que satisfechos de que sus aliados japoneses ocupen una colonia neerlandesa.

—Eso son sutilezas.

—Sí, sutilezas a las que tendremos que hacer frente; seguro que, sin ir más lejos, el embajador japonés nos plantea la cuestión.

—Tiene razón, Gus, y gracias por ponerme sobre aviso.

Greg estaba pendiente de la menor oportunidad de intervenir en la conversación. Deseaba por encima de todo impresionar a las importantes figuras que tenía alrededor. No obstante, todos sabían muchas más cosas que él.

—¿Qué es lo que quieren los japoneses en última instancia? —preguntó Welles.

—Petróleo, caucho y estaño. Quieren asegurarse el acceso a los recursos naturales, lo cual no es de extrañar puesto que no paramos de interceptar su abastecimiento.

—Estados Unidos había prohibido la exportación de bienes como el petróleo y la escoria de hierro a Japón, en un intento fallido de disuadir a los japoneses de anexionarse territorios aún más extensos de Asia.

Welles respondió de mal talante.

—La prohibición nunca se ha aplicado de forma muy estricta.

—No, pero, obviamente, basta con la amenaza para que en Japón cunda el pánico, puesto que apenas disponen de recursos naturales propios.

—Está claro que tenemos que tomar medidas más efectivas —soltó Welles—. Los japoneses tienen mucho dinero depositado en bancos estadounidenses. ¿Podemos congelar sus activos?

Los funcionarios presentes en la sala parecían desaprobador la idea, era demasiado radical.

—Supongo que sí —dijo Bexforth al cabo de unos instantes—. Surtiría más efecto que cualquier prohibición. De esa forma les será imposible comprar petróleo ni ninguna otra materia prima aquí, en Estados Unidos, porque no podrán pagarlo.

—El secretario de Estado, como siempre, tratará de evitar cualquier acción que pueda originar una guerra —observó Gus Dewar.

Tenía razón. Cordell Hull era cauto hasta el punto de resultar apocado, y muchas veces chocaba con el subsecretario Welles, de mayor empuje.

—El señor Hull siempre ha seguido esa línea, y muy sabiamente —opinó Welles. El protocolo lo exigía, aunque todos sabían que no hablaba con sinceridad—. No obstante, Estados Unidos debe pasearse por el escenario internacional con la cabeza bien alta. Somos prudentes, no cobardes. Pienso plantearle la idea de la congelación de activos al presidente.

Greg estaba impresionado. Eso era lo que significaba el poder. En un abrir y cerrar de ojos, Welles podía realizar una propuesta capaz de convulsionar a una nación entera. Gus Dewar frunció el entrecejo.

—Si Japón no puede importar petróleo, su economía quedará paralizada y su ejército carecerá de poder.

—¡Lo cual es fantástico! —exclamó Welles.

—¿En serio? ¿Qué imagina que hará el gobierno militar de Japón ante semejante catástrofe?

A Welles no le gustaba que lo contradijeran.

—¿Por qué no me lo dice usted, senador?

—No lo sé. Pero creo que deberíamos tener una respuesta antes de actuar. Los hombres desesperados son peligrosos. Y sé que Estados Unidos no está preparado para entrar en guerra con Japón. Nuestra marina no está preparada, y nuestras fuerzas aéreas tampoco.

Greg vio su oportunidad de intervenir y la aprovechó.

—Señor subsecretario, tal vez le sería de ayuda saber que un sesenta y seis por ciento de la opinión pública es más partidaria de entrar en guerra con Japón que de la contemporalización.

—Buena observación, Greg, gracias. Los estadounidenses no están dispuestos a consentir que Japón se salga con la suya.

—Pero tampoco quieren la guerra — dijo Gus—. Da igual lo que diga el sondeo. Welles cerró la carpeta que tenía sobre el escritorio.

—Bueno, senador, estamos de acuerdo en lo de la Sociedad de las Naciones y discrepamos respecto a lo de Japón.

Gus se puso en pie.

—Y en ambos casos la decisión la tomará el presidente.

—Me alegro de que haya venido a verme.

La reunión finalizó.

(Woody y Chuck Dewar hablan con Joanne, futura novia de Woody, sobre la amenaza japonesa. Chuck está destinado en Pearl Harbour, Hawai)

Mientras tomaban *chow mein* con cerveza, hablaron de Japón. Todo el mundo hablaba de Japón.

—Hay que parar los pies a esa gente —opinó Chuck—. Son unos fascistas.

—Es posible —dijo Woody.

—Son militaristas y agresivos, y la manera como tratan a los chinos es racista. ¿Qué más tienen que hacer para que se los considere fascistas?

—Yo os lo explicaré —terció Joanne—. La diferencia radica en la visión del futuro. Los verdaderos fascistas quieren aniquilar a todos sus enemigos y luego crear una sociedad radicalmente nueva. Los japoneses hacen todo eso en defensa de los grupos de poder tradicionales, la clase militar y el emperador. Por el mismo motivo, España no es fascista en realidad: Franco asesina a gente en beneficio de la Iglesia católica y la vieja aristocracia, pero no para crear un mundo nuevo.

—En cualquier caso, hay que frenar a los japoneses —convino Diana.

—Yo lo veo de otra forma —repuso Woody.

—Muy bien, Woody, ¿cómo lo ves tú? —preguntó Joanne.

Joanne estaba muy implicada en la política y Woody sabía que apreciaría una respuesta bien meditada.

—Japón es un país dedicado al comercio que no dispone de recursos naturales; no tienen petróleo ni hierro, solo algunos bosques. Su única forma de supervivencia son las transacciones. Por ejemplo, importan algodón crudo, lo tejen y lo venden a la India y a Filipinas. Pero durante la Depresión, los dos grandes imperios económicos, Gran Bretaña y Estados Unidos, implantamos barreras arancelarias para proteger nuestras propias industrias. Ese fue el fin del comercio de Japón con el Imperio británico, incluida la India, y con el territorio norteamericano, incluido Filipinas. Fue un golpe durísimo.

—¿Y eso les da derecho a conquistar el mundo? —preguntó Diana.

—No, pero les hace pensar que lo único que garantiza la seguridad económica es tener un imperio propio, como los británicos, o, al menos, tener una posición dominante en tu hemisferio, como Estados Unidos. De esa forma nadie puede hacer fracasar tus negocios. Por eso quieren que Extremo Oriente sea su feudo.

Joanne se mostró de acuerdo.

—Y el punto débil de nuestra política es que cada vez que imponemos sanciones económicas para castigar a los japoneses por su agresividad, solo sirven para reforzar su sentimiento de que tienen que autoabastecerse.

—Es posible —convino Chuck—. Aun así, hay que frenarlos.

(Greg se embarca con el presidente Roosevelt para la entrevista con Churchill en la Conferencia del Atlántico)

Greg Peshkov se embarcó junto con Sumner Welles y el presidente Roosevelt en un crucero pesado, el *Augusta*, rumbo a la bahía de Placentia, en la costa de Terranova. En la flota también viajaban el acorazado *Arkansas*, el crucero *Tuscaloosa* y diecisiete destructores. Fondearon en dos largas líneas, con un ancho pasillo de mar entre ambas. A las nueve en punto de la mañana del sábado 9 de agosto, bajo un sol radiante, los integrantes de la tripulación de las veinte naves se reunieron en cubierta ataviados con sus trajes blancos mientras el acorazado británico *Prince of Wales* llegaba escoltado por tres destructores y entraba en el espacio central echando vapor majestuosamente, con el primer ministro Churchill a bordo. Era el despliegue de poder más impresionante que Greg había visto jamás, y estaba encantado de formar parte de él. También estaba preocupado. Esperaba que los alemanes no tuvieran noticia de la cita. Si llegaban a enterarse, un U-Boot podría aniquilar a los dos últimos dirigentes de la civilización occidental. Y a Greg Peshkov.

(...)

El presidente tenía interés en que la conferencia acabara con una declaración conjunta. El jefe de Greg, Sumner Welles, redactó un borrador, pero Roosevelt se negó a utilizarlo aduciendo que era mejor que el primer borrador lo escribiera Churchill. Greg comprendió de inmediato que Roosevelt era un negociador con vista. Quien redactara el primer borrador tendría que incluir, para ser justo, algunas de las peticiones de la otra parte además de las propias. Así, los puntos de la otra parte incluidos en la declaración pasarían a ser un mínimo irreductible, mientras que todas las peticiones propias seguirían estando pendientes de negociación, con lo cual quien redactara el primer borrador empezaría con desventaja. Greg se prometió a sí mismo que recordaría no redactar nunca un primer borrador.

El sábado, el presidente y el primer ministro disfrutaron de una agradable comida a bordo del *Augusta*. El domingo asistieron a un oficio religioso en la cubierta del *Prince of Wales*, con el altar cubierto por el rojo, el blanco y el azul de las banderas de Estados Unidos y del Reino Unido. El lunes por la mañana, cuando ya habían trabado una sólida amistad, entraron en faena.

Churchill presentó una propuesta de cinco puntos que hizo las delicias de Sumner Welles y Gus Dewar al solicitar la creación de una organización internacional con poder efectivo que garantizara la seguridad de todos los Estados miembros; en otras palabras, una Sociedad de las Naciones con mayor fuerza. Sin embargo, les decepcionó descubrir que Roosevelt lo consideraba ir demasiado lejos. Estaba a favor de la idea, pero temía la reacción de los aislacionistas, los ciudadanos que seguían pensando que Estados Unidos no debía intervenir en los problemas del resto del mundo. Era extraordinariamente sensible a la opinión pública, y hacía incesantes esfuerzos para no suscitar oposición.

Welles y Dewar no se dieron por vencidos, ni los británicos tampoco. Se reunieron para hallar una solución que pareciera aceptable a ambos dirigentes. Greg tomó anotaciones para Welles. El grupo redactó una cláusula que hacía un llamamiento al desarme «con vistas al posible establecimiento de un sistema de seguridad general más amplio y permanente». Lo presentaron a los dos prohombres, y estos lo aceptaron. Welles y Dewar no cabían en sí de satisfacción, pero Greg no lo comprendía.

—Me parece muy poca cosa, después de tantos esfuerzos —opinó—. Los dirigentes de dos importantes naciones han tenido que recorrer miles de kilómetros para reunirse, han hecho falta decenas de empleados, veinticuatro barcos y tres días de negociaciones; y todo para redactar cuatro palabras que ni siquiera expresan lo que de verdad queremos.

—Las cosas de palacio van despacio —dijo Gus Dewar con una sonrisa—. La política es así.

(Y así se entendió la noticia en el mundo):

La declaración conjunta de Roosevelt y Churchill había provocado mayor revuelo del que Greg esperaba. Una semana más tarde, seguía siendo la noticia más candente. La prensa lo llamaba la Carta del Atlántico. Para Greg no era más que un conjunto de frases cautelosas y compromisos vagos, pero el mundo lo veía de otro modo. Lo acogían como el toque de corneta para la libertad, la democracia y el comercio a escala mundial. De Hitler se decía que estaba furioso, que lo consideraba equivalente a una declaración de guerra contra Alemania por parte de Estados Unidos.

Los países que no habían formado parte de la conferencia querían, de todos modos, firmar la carta, y Bexforth Ross había propuesto que los firmantes fueran bautizados como las Naciones Unidas.

Mientras tanto, los alemanes estaban invadiendo la Unión Soviética. En el norte, se estaban aproximando a Leningrado. En el sur, los rusos que se batían en retirada volaron la presa del Dniéper, la central hidroeléctrica más grande del mundo y su mayor orgullo, para privar de su potencia a los victoriosos alemanes; un sacrificio desgarrador.

—El Ejército Rojo ha contenido un poco la invasión —explicó Greg a Rita (una amiga) mientras leía la noticia en *The Washington Post*—. Pero los alemanes siguen avanzando ocho kilómetros al día. Y dicen haber matado a tres millones y medio de soldados soviéticos.